

América Poética

Primera antología de la lírica americana

En Valparaíso, entre febrero de 1846 y junio de 1847 se edita por fascículos una obra llamada a tener en la literatura iberoamericana, una amplia trascendencia, si bien hoy olvidada, que merece ser recordada cuando se habla de la literatura de este continente. La *América Poética* tiene el privilegio de evidenciar, al menos como una novedosa aproximación, según lo entiende su compilador, la primera visión panorámica de la producción lírica de este continente. Hay en ese primigenio intento un propósito que tiende a demostrar por un lado, la calidad de la producción poética de los países americanos y, por otro, el carácter americano de esa expresión literaria, elementos ambos que inauguran una nueva etapa en la literatura continental.

El marco reducido de un artículo no permite ahondar en todas las direcciones del análisis como sería deseable, mas abordaremos algunas cuestiones que permiten valorar el texto y rescatar el excepcional aporte que significa para la literatura iberoamericana en la época que se publica y aún durante las décadas posteriores, la primera antología lírica que presenta una imagen global de ese género en América.

Uno de los primeros aspectos que ofrece a la investigación la *América Poética* consiste en dilucidar la paternidad de la obra, cosa que no satisface con precisión la obra misma. La portada del libro tiene impresas, dentro de un delicado monograma, las letras S.T., las que sabemos corresponden a Santos Tornero, muy conocido en Chile por ser el editor del célebre diario *El Mercurio*. Esas letras están señalando las iniciales del editor y su presencia puede hacer incurrir en el error de atribuirle el papel de recopilador. Esa suposición queda desvirtuada en parte, aunque no con precisión, en el texto del *Prospecto* que con la firma de *Los Editores* comienza a circular en septiembre de 1845, anunciando la próxima aparición de *América Poética*.

La circunstancia de mencionarse en plural *Los Editores* explica la existencia de más de uno, con lo cual se deduce que a Santos Tornero, uno de ellos, debe agregarse otro u otros cuyo desciframiento no es difícil de resolver. No lo es en razón de hacerse público, sin que figure en la portada, el papel protagónico que desempeña el verda-

dero compilador en la preparación de la obra. Desde un primer momento en Chile, al menos entre las personas informadas de la vida cultural y, poco después, en los demás países de América, se sabe que quien asume la tarea de recopilador es Juan María Gutiérrez, un argentino exiliado en Valparaíso y conocido como poeta por unos y como crítico literario y periodista por otros. Su nombre se hace público por la abundante correspondencia que mantiene con figuras destacadas de las letras americanas difundiendo el *Prospecto* y solicitando datos y referencias de los poetas seleccionados. De esa manera, pronto se sabe que la *América Poética* es el resultado de la asociación de un editor animoso y de un compilador erudito, sociedad que se conjuga bajo el título *Los Editores*.

Un argentino con títulos para ser reconocido como un crítico autorizado en el Río de la Plata, tanto por sus méritos como editor como por su calidad de escritor, Florencio Varela, a los tres meses de distribuirse el primer fascículo de *América Poética*, escribe a Gutiérrez en los siguientes términos: «El libro que Ud. publica será un hermoso monumento americano. ¿Por qué no ha puesto Ud. al frente su nombre de editor? No hallo justificada esa reserva»¹. Con el magisterio de un cuidadoso editor agrega a ese juicio otras indicaciones de carácter tipográfico que, al no ser tomadas en cuenta en la impresión de los posteriores fascículos, perjudica la calidad de la obra como expresión de arte gráfico.

Un aspecto que merece destacarse y que nos pone en la pista de la intención original de los editores es el referido a la extensión pensada para la obra. Sabemos que *América Poética* constituye un volumen de tamaño mayor, de 823 páginas, pero no es descartable que, en un primer momento, los editores hayan pensado en lanzar más de un volumen. Esa intención es lo que manifiesta Gutiérrez en carta dirigida a Esteban Echeverría cuando expresa: «Con el título de *América Poética* aparecerá en muy elegantes volúmenes lo más escogido que conozco», para agregar, que, ordenándose las composiciones por apellido, «hará que el de Echeverría aparezca en el primer volumen»². Esta referencia a más de un volumen corresponde al mes de diciembre de 1845 y es anterior a la impresión del primer fascículo, con lo que se deja en claro, al menos para un primer momento, que los editores alimentan en esa fecha el propósito de publicar más de un volumen, cosa que finalmente no se lleva a cabo.

La impresión de *América Poética* se realiza de un modo que es frecuente en la época, consistente en editarse y distribuirse por fascículos con paginación corrida. El primero de ellos entra en circulación en febrero de 1846 y el último en junio de 1847, siendo cada entrega de 48 páginas. La reunión de los fascículos permite formar un volumen de 823 páginas. La impresión es esmerada y se hace en formato mayor, de dimensiones elegantes, utilizando una tipografía seleccionada con acierto. Sin duda, la presentación gráfica ha sido obra de Santos Tornero, el responsable de la edición realizada en los talleres de *El Mercurio* de Valparaíso.

¹ Gutiérrez, Juan María, Archivo del doctor Juan María Gutiérrez. Epistolario. Buenos Aires, 1981, to. II, pág. 35.

² *Ibidem*.

Juan María Gutiérrez, compilador

Si a Santos Tornero le corresponde la labor de editor y probablemente la de financiar inicialmente la edición, empresa costosa y a la vez riesgosa, más por las características del mercado que por la naturaleza de la obra, cabe a Gutiérrez la meritoria tarea de asumir la responsabilidad intelectual y práctica de compilar a lo más representativo de la expresión lírica de América. Intelectual, por lo que ella implica de juicio, de ponderación y valoración crítica; a la vez selectiva de cuanto en materia de género poético circula; y práctica, por las dificultades y obstáculos que debe vencer para localizar lo mejor y más selecto en la lírica y obtener, asimismo, referencias precisas de los autores.

No se trata para Gutiérrez de un desafío que lo halle huérfano o, al menos, sin cierto entrenamiento que lo habilite para salir airoso en la empresa. En momentos en que prepara la edición, dirigiéndose a su amigo íntimo Esteban Echeverría le confiesa: «Sabrá Ud. que mi manía de compilar no me ha abandonado y que he acertado a preparar una publicación que tiene el ojo abierto a la parte inteligente de estos mundos»³.

La referencia anotada y otros elementos de juicio hacen pensar que Gutiérrez no improvisa en su proyecto de compilación, ya que la idea viene siendo elaborada desde su estadía en Montevideo, iniciando en esa ciudad la reunión de composiciones que luego formarán parte del cuerpo del volumen. Es sólo así como se comprende que, lanzado el *Prospecto* anunciador de la obra en septiembre de 1845, se publique el primer fascículo cinco meses después.

En la valoración de *América Poética* hay que hacer referencia ineludible a las condiciones en que dicha obra se elabora, pues sólo así se puede ponderar debidamente el significado de la misma como compilación poética y su gravitación ejemplar en la formulación y comprobación de la existencia de un movimiento lírico americano. Si bien la idea de dar cima a una antología de la poesía americana no era nueva ni le pertenecía exclusivamente a Juan María Gutiérrez, lo cierto es que hasta esa fecha nadie se había lanzado a la empresa. Eran muchos y difíciles los obstáculos que se interponían, comenzando por disponer de un número suficiente de suscriptores que sostuvieran la edición. Esos inconvenientes no parecen arredrar a los editores y menos al compilador que pone a su servicio no sólo una experiencia en la materia, sino también un capital intelectual valioso de información en torno a la poesía que se cultiva en América, un adecuado criterio, gusto literario, espíritu crítico y juicio ponderado, todo lo cual no basta si a ello no se agrega la indispensable dosis de organización para compilar, preparar las notas críticas, editar y distribuir los fascículos, sin contar con el esfuerzo previo de hacer conocer el proyecto y obtener suscrip-

³ Ibidem.

tores. Todo ello, en aquellos años de difícil comunicación entre los países americanos, constituye desde el punto de vista editorial, una verdadera proeza.

La asociación de Gutiérrez con Tornero pudo armonizar las fuerzas suficientes para ejecutar el proyecto, al menos en el volumen que conocemos, aunque no haya sido posible continuarse en otros, según lo deseaban. La *América Poética* como contenido práctico y como obra impresa es una prueba de que la vida literaria existía en América, aunque quizá cultivada en círculos estrechos, localizada en pequeños centros urbanos, sin contar con el estímulo del reconocimiento generalizado. Conocido el proyecto de la *América Poética* a través del *Prospecto*, Gutiérrez no sólo se convierte en una esperanza para quienes cultivan el género poético, sino que pronto aparecen intermediarios generosos que contribuyen con su esfuerzo en apoyo de la obra, obteniendo suscriptores, localizando piezas poéticas, otorgando información al compilador.

Uno de esos colaboradores y quizás el que más contribuye con el proyecto de Gutiérrez es nada menos que el colombiano Juan García del Río, cuya pasión por todo lo americano, sus antecedentes en favor de la literatura y las relaciones que posee, lo hacen la persona más indicada para llenar el vacío informativo que padece Gutiérrez con respecto a ciertos poetas. Radicado en Lima por aquellos años, el antiguo redactor del famoso *Repertorio Americano*, apenas recibe carta de Gutiérrez, se ofrece a contribuir al mejor éxito de la empresa. Su aporte resulta muy valioso en informaciones, tanto para completar las noticias biográficas que posee Gutiérrez, como para localizar nuevos nombres de poetas que son desconocidos al compilador⁴. Parecida contribución aporta José Ignacio Piedrahita, residente en Guayaquil, si bien es cierto que éste le ofrece dos nombres de poetas que no incluye lamentablemente Gutiérrez y cuya calidad poética luego le será reconocida, como es el caso de José C. Caro y Julio Arboleda⁵. Entre los residentes en Chile destaca por su contribución Juan Godoy, cuyo aporte utiliza Gutiérrez con amplitud.

Entre los escritores mencionados, los que no enumeramos para no extendernos y Juan María Gutiérrez, se establece una red de correspondencia donde se reflejan los nombres de poetas, las referencias biográficas, los apoyos, la difusión de la obra, poniendo en evidencia que *América Poética* concita el entusiasmo y el aplauso de todos los que se sienten amantes de las letras y de lo americano.

Gutiérrez recoge información y admite sugerencias, pero mantiene cierta equidistancia que expresa su independencia de juicio. Acierta a veces y en otras, al omitir determinados nombres de poetas noveles que conoce o se le hace conocer, le impide anticiparse a su celebridad. En otros casos, quizá por no dar con representantes más esclarecidos en el género, debe contentarse con nombres menores, a fin de que la *América Poética* sea una real representación literaria del continente.

⁴ *Ibidem*, págs. 21/23; y 66.

⁵ *Ibidem*, págs. 56/57.